

Alain Roger

Breviario de la estupidez

Traducción de
Gabriela Torregrosa

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2019

Título original:

Bréviaire de la bêtise

Alain Roger © Editions Gallimard, 2008

© de la traducción: Gabriela Torregrosa

© **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2019**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-947802-2-6

Depósito legal: B 5509-2019

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Prólogo	9
I Teoría	21
1 ¿Cómo es posible la estupidez?	23
Hacer daño a la estupidez, 24 – El error y la estupidez, 25 – El fondo sin fondo, 30 – ¡Cómo filosofo, qué tonto soy!, 37 – Por qué soy tan tonto, 42.	
2. Crítica de la razón suficiente	49
La antinomia de la estupidez, 51 – Principio del tercero excluido. La ingenuidad, 54 – Principio de contradicción. La imbecilidad, 59 – Principio de identidad. La estupidez, 66 – Extensión del dominio de la estupidez, 70 – Estupidez ontológica, 75 – La sacralización del principio de identidad, 78.	
3. Tautológica	80
Por mucho que digan..., 81 – El placer de la identidad, 85 – Los negocios son los negocios, 89 – Don Quijote y Sancho Panza, 91 – Memorando, 99 – Querer concluir, 104 – Truismos, 108 – Ubú rey, 118.	

II Bestiario	123
4. <i>Theatrum sanitatis</i>	125
<i>Castigat ridendo stultitiam</i> , 126 – Catarsis y distanciamiento, 128 – La risa, la rigidez y la gracia, 134 – Es estúpido, monstruosamente estúpido, 137 – Estupidez a la antigua: el <i>môros</i> de Aristófanes, 141 – Los papeles de Molière, 146 – La coqueta y el hombre lobo, 149 – Los ballets de la estupidez, 154 – La repetición, 158 – Digan lo que digan, 160 – ¡Abrazémonos, Folleville!, 164 – ¡Yerno, todo ha terminado!, 168 – ¡Ni que fuera mi padre!, 170.	
5. <i>Ecce Homais</i>	180
Homais, Emma y Bournisien, 183 – Tantos infortunios..., 190 – Las «innominables», 193 – Anatomía de la estupidez, 201 – Me vuelvo estúpido y malo, 204 – Esnobismos, 212 – Soy estúpida, ¡oh mortales!, 223 – Qué rimas, oh, qué rimas, 226 – El arte estúpido, 231 – Estupidez e idiotez, 236 – Las dos tautologías, 244 – ¿Es estúpido? ¿Es idiota?, 251.	
6. Amor, estupidez y celos	255
Lo <i>bébête</i> y lo <i>cucul</i> , 256 – La carta de amor, 264 – <i>Voi che sapete</i> , 271 – Hacer catleya, 274 – Uniremos nuestras mayúsculas, 280 – El flechazo, 284 – El modelo amoroso, 296 – Del amor nace la castidad, 301 – El amor al amor, 304 – <i>Cave amantem</i> , 306 – El amor y la muerte, 308 – Amar al prójimo, 310 – Santa estupidez, 315 – El advenimiento de la estupidez: los celos, 320 – Sólo me amo a mí mismo, 323 – Puta dondequiera, puta siempre, 326.	
Epílogo	335
La estupidez no es mi fuerte, 336 – Yo no soy más tonto que cualquiera, 340 – ¡Seré tonto!, 342.	
Bibliografía	345
Índice onomástico	357

Prólogo

Se ha escrito mucho sobre la estupidez en los últimos dos siglos, pero el balance teórico continúa siendo bastante modesto. A pesar de algunas tentativas, de hecho atribuibles a escritores (Jean Paul, Flaubert, Musil), nunca se ha llevado a cabo —que yo sepa— un estudio sistemático de la estupidez, y su definición todavía es oscura y confusa. La filosofía, cuya función, según Nietzsche, sería sin embargo la de «hacer daño a la estupidez»¹ y, por tanto, en primer lugar, la de determinarla, ha fracasado en su empeño porque —como señala Deleuze— se ha empeñado, al contrario, en apartarla de su ámbito de reflexión sustituyéndola por otros objetivos, sin duda más asequibles, como el error, la ilusión, etc. Es significativo que un diccionario reciente² —por lo demás extraordinario— no dedique espacio alguno a la estupidez. No ocurre lo mismo con el *Dictionnaire de la bêtise et des erreurs de jugement* (*Diccionario de la estupidez y de los errores de juicio*), pero en este caso sólo se trata de una profusa colección de disparates y es inevitable sentir una espe-

1. F. NIETZSCHE, *Le Gai Savoir*, libro III, § 328. Es el título del aforismo: «Der Dummheit Schaden thun». [Trad. cast., *La gaya ciencia*, libro IV, § 328, tr. José Carlos Mardomingo Sierra, Madrid, Edaf, 2002, p. 310.]

2. *Vocabulaire européen des philosophies*, Barbara Cassin (dir.), París, Éd. du Seuil/Dictionnaires Le Robert, 2004.

cie de malestar ante la falta de una determinación teórica que permitiría establecer qué se identifica, y qué no, con la estupidez. El título de la obra¹ anuncia y subraya su propia confusión.

Sin embargo, las publicaciones que toman la estupidez como objeto de estudio no han faltado en las últimas dos o tres décadas. El *Essai sur la bêtise (Ensayo sobre la estupidez)*² de Michel Adam es sin duda la contribución más elaborada, si bien, a pesar de las múltiples sugerencias y de una tipología bastante sofisticada, no aporta una respuesta definitiva a la cuestión esencial: ¿qué es la estupidez? Los opúsculos de Georges Picard³ y de Jean-Michel Couvreur⁴ no dejan de ser amenas improvisaciones. En cuanto a *La estupidez*⁵ de André Glucksmann, se trata de un panfleto escrito con el ánimo pero, desgraciadamente, sin el sentido del humor que, de por sí, permite a la filosofía hacer daño a su propia estupidez. El axioma de este lamentable ajuste de cuentas (el socialismo es estupidez), más o menos tan sólido como aquel de Michel Henry⁶ (el socialismo es barbarie), no tiene por supuesto el menor interés para una teoría de la estupidez y situaría a Glucksmann más bien del lado de los Prudhomme y de los Perrichon de la filosofía política.

La psicología tampoco anda demasiado inspirada. Aunque destaca en la medición del Cociente Intelectual (pasaremos por

1. G. BECHTEL y J.-C. CARRIÈRE, *Dictionnaire de la bêtise et des erreurs de jugement. Le Livre des bizarres*, París, Robert Laffont, col. «Bouquins», 1991.

2. M. ADAM, *Essai sur la bêtise*, París, PUF, 1975.

3. G. PICARD, *De la connerie*, París, José Corti, 1994, 106 pp.

4. J.-M. COUVREUR, *La Bêtise se soigne-t-elle?*, Nantes, Éd. Pleins Feux, 2004, 43 pp.

5. A. GLUCKSMANN, *La Bêtise*, París, Grasset, 1985; reed. Le Livre de poche, 1986. [Trad. cast., *La estupidez: ideologías del postmodernismo*, tr. Roser Berdagué, Barcelona, Península, 1997.]

6. M. HENRY, *La Barbarie*, París, Grasset, 1987. [Trad. cast., *La Barbarie*, tr. Tomás Domingo Moratalla, Madrid, Caparrós, 2006.]

alto las polémicas que ha suscitado dicha medición) y logra así clasificar cierto número de deficiencias, desde el retraso mental hasta la idiotez pasando por la imbecilidad, es incapaz de localizar la estupidez (no se puede calcular), que escapa a su metodología y tiende, irónicamente, a hacer estragos entre los valores más altos del CI: la estupidez del superdotado, la estupidez confesa de Valéry, que temía, más que a nada, sus arrebatos. «Qué delicioso libro podría escribirse con las estupideces de los espíritus más elevados.»¹ «Y es que no es evidente en absoluto que la tontería tenga que ser definida en función y con respecto de la inteligencia. Es posible que el problema de la tontería sea un problema *autónomo*, sin relaciones ni fronteras comunes con el problema de la inteligencia.»² Con la salvedad de que «tontería» y «estupidez» no son exactamente sinónimos.

Pero, entonces, ¿dónde está la estupidez? O más bien: ¿de dónde viene? Sería tentador recurrir al psicoanálisis y apelar al inconsciente, «sorprendentemente tonto en relación a nuestra “notable inteligencia”»,³ y del que Valéry destacaba «el aire estúpido y misterioso».⁴ Todo vendría de ahí, del *ello*, esos hipos, esos eructos y esos vómitos —por retomar las metáforas de los descriptores de la estupidez, que, por desgracia, no han sabido descryptarla—. Al igual que los actos fallidos, y otros sínto-

1. J. BARBEY D'AUREVILLY, *Pensées détachées*, XX, en *Œuvres romanesques*, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1965, t. II, p. 1235.

2. C. ROSSET, *Le Réel. Traité de l'idiotie*, París, Éd. de Minuit, 1977, p. 143. [Trad. cast., *Lo real. Tratado de la idiotez*, tr. Rafael del Hierro Oliva, Valencia, Pre-Textos, 2004, p. 185.]

3. G. GRODDECK, *Le Livre du ça* (1923), trad. fr., París, Gallimard, 1973, p. 29. [Trad. cast., *El libro del ello*, tr. Vicente Rodríguez Carro, Madrid, Taurus, 1981, p. 51.]

4. P. VALÉRY, *Cahiers*, París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1974, t. II, p. 990. [Trad. cast., *Cuadernos*, tr. Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.]

mas más o menos neuróticos, las deyecciones de la estupidez no serían, en última instancia, sino los vástagos parasitarios del inconsciente. Sea. Pero ¿no sería esta una vulgar simplificación, precisamente la misma que suele reprochársele al psicoanálisis: sólo *ello* siempre *ello*? Al sumergir a la estupidez en esa noche en la que todos los *ello* son pardos, no hemos avanzado ni un paso en la búsqueda de su definición.

Ocurre lo mismo con la teología, y no es esta una comparación gratuita, dado que el Inconsciente se presenta a menudo como el «Dios oculto» del psiquismo. «Existen dos infinitos, Dios y la estupidez»,¹ declara Edgar Varèse, haciéndose eco de Kierkegaard: «La única oposición absoluta de lo absoluto es la de la estupidez»,² de ahí que, «contra la estupidez, los propios dioses luchan en vano».³ La estupidez sería pues como el reverso de lo divino, su lado oscuro y perverso, su cómplice diabólico; de ahí que el hombre, al morder el fruto del árbol de la ciencia, se hiciera capaz de estupidez, lo contrario de una recaída en la animalidad, de la que se sustrae por su «pecado» original. Sin embargo, habría que preguntarse si la teología está en posición de tratar de una calamidad de la que ella misma sería la primera víctima. Jean Paul (Richter) ridiculiza constantemente esta «estupidez teológica» y a todos «esos monjes que canonizaron la estupidez», es decir, la escolástica y la silogística, esa «edad de oro de la Estupidez»,⁴ pero conviene extender estos

1. E. VARÈSE, *Écrits*, París, Christian Bourgois, 1983, p. 87. «Ô bêtise! Ô infini!» (Carta de Flaubert a Edma Roger des Genettes, 8 de octubre de 1879).

2. S. KIERKEGAARD, *In vino veritas*, trad. fr. en *Étapes sur les chemins de la vie*, París, Gallimard, 1948, p. 47. [Trad. cast., *In vino veritas*, tr. Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid, Guadarrama, 1976, p. 68.]

3. F. SCHILLER, *La Pucelle d'Orléans*, acto III, escena IV. [Trad. cast., *La doncella de Orleans*, tr. Manuel Tamayo Benito, Barcelona, Ramón Sopena, 1978.]

4. JEAN PAUL, *Éloge de la bêtise*, trad. fr., París, José Corti, 1993, p. 93. [Trad. cast., *Elogio de la estupidez*, tr. Agustín Temes, Madrid, Sequitur, 2012, pp. 70-71.]

sarcasmos a toda la *Suma teológica* y, por qué no, hasta al propio Principio: «Algunos teólogos podrían hacernos creer que Dios es estúpido».¹ Spinoza ya denunciaba a estos mismos teólogos que, a propósito de cualquier nimiedad (una teja que cae encima de un transeúnte), invocan a la Divina Providencia y a saber qué finalidad, acribillándose a preguntas hasta que, cansados de luchar, «os refugiéis en la voluntad de Dios, ese asilo de la ignorancia».² ¿De la ignorancia o de la estupidez?

¿Acaso no es un poco estúpida la autosatisfacción «beata» del Creador ante su creación? «Dios miró todo lo que había hecho, y consideró que era muy bueno.»³ Si, como me gustaría demostrar en este ensayo, la estupidez tiene que ver esencialmente con el principio de identidad, con su uso excesivo, abusivo, intempestivo y, sobre todo, envanecido (la razón *suficiente*), entonces su paradigma podría muy bien hallarse en esta revelación de Yahvé a Moisés, cuando, en el episodio de la «zarza ardiente», le pregunta su nombre: «Yo soy el que soy. [...] Así dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envió a vosotros»,⁴ una declaración absolutamente sublime (y solemnemente estúpida) en la que se ha creído ver una anticipación del argumento ontológico (Dios es el ser cuya esencia implica la existencia), pero también del *cogito* cartesiano, *ego sum, ego existo*,⁵ yo soy, yo existo, yo también soy el que soy.

Nietzsche veía en esta hipertrofia del «yo» una estupidez histórica, de origen gramatical: «Excepto las institutrices, quienes aún hoy creen en la gramática como *veritas aeterna*, y conse-

1. P. VALÉRY, *Tel quel*, París, Gallimard, 1941; reed. col. «Folio», 2006, p. 51.

2. B. SPINOZA, *Éthique*, I^{era} parte, «De Dieu», Apéndice. [Trad. cast., «De Dios», en *Ética*, tr. Vidal Peña García, Madrid, Editora Nacional, 1980, p. 66.]

3. Génesis, 1:31.

4. Éxodo, 3:14.

5. R. DESCARTES, *Méditations métaphysiques*, II.

cuentemente en el sujeto, el predicado y el objeto, hoy nadie es tan ingenuo como para poner, al modo de Descartes, el sujeto “yo” como condición del verbo “pienso”;¹ y: «Me temo que no nos libraremos de Dios mientras sigamos creyendo en la gramática».² Esta idea será retomada por Deleuze, que a su vez (y sin duda no por casualidad) fue un comentarador perspicaz de Nietzsche y el único filósofo que ha esbozado una teoría trascendental de la estupidez. «Que se nos permita por un instante ver en *Bouvard y Pécuchet* la secuela de *Discurso del método*. ¿El Cogito es también una imbecilidad?»³ ¿No es la misma imbecilidad, tanto a nivel de lo finito como de lo infinito? La interdependencia, ya que no la identidad, de estos dos «yo soy», la sugiere tanto esta fórmula poco conocida de La Bruyère: «Pienso, luego Dios existe»⁴ como la famosa *boutade* de Victor Hugo cuando le reprochaban su inconstancia política: «Dios y los imbeciles son los únicos que nunca cambian», aproximando así de manera inquietante la inmutabilidad divina a la estupidez humana, demasiado humana.

Empezamos a sospechar —será mi hipótesis a lo largo de este ensayo— que la definición de la estupidez podría relacionarse con la lógica, sin que sea necesario desplegar todo el aparato, pesado e ingrato, del formalismo lógico-matemático. Nadie, que

1. F. NIETZSCHE, *La Volonté de puissance*, París, Gallimard, 1947, 2 vol., I, § 141, p. 79. [Trad. cast., *La voluntad de poder*, tr. Aníbal Froufe, Madrid, Edaf, 2000.]

2. ID, *Le Crépuscule des idoles*, «La “Raison” dans la philosophie», § 5. [Trad. cast., *El crepúsculo de los ídolos*, tr. José Carlos Mardomingo, Madrid, Edaf, 2002, p. 63.]

3. G. DELEUZE, *Différence et répétition*, París, PUF, 1968, p. 353. [Trad. cast., *Diferencia y repetición*, tr. Alberto Cardín, Gijón, Júcar Universidad, 1988, p. 436.]

4. J. DE LA BRUYÈRE, «Des esprits forts», en *Les Caractères*. [Trad. cast., «Los espíritus fuertes», en *Los caracteres*, tr. Ramón Andrés, Barcelona, Edhasa, 2004.]

yo sepa, se ha adentrado por esta vía que lleva no ya a denunciar la irracionalidad de la estupidez, como si esta infringiese las leyes de la razón, sino a demostrar por el contrario que se apoya en ellas, que apela a ellas de manera presuntuosa y que incluso se presenta, en sus formas más elocuentes, como la hipótesis del principio de identidad y su manifestación más determinante: «El dinero es el dinero», «los negocios son los negocios», «un judío siempre es un judío por mucho que digan», «un diamante no me lo niegue usted es un diamante».¹

La estupidez no es una carencia, ni una deficiencia; si peca es por exceso. Cuando se la adscribe a la esfera de la animalidad, o de la anormalidad, se comete un error. No sólo no es una recaída en la *bestialidad* (aunque la lengua francesa se presta a confusión, y por ello es más de lamentar si cabe la ausencia de un artículo «Estupidez» en el *Vocabulaire européen des philosophies*), sino que aparece como algo «propio del hombre», como bien han señalado quienes han reflexionado sobre ella sin prejuicios: «¿Por qué sólo el hombre es susceptible de convertirse en imbécil?»,² «Los animales son de Dios. La bestialidad es humana».³ «Estupidez humana. “Humana” es redundante. Sólo los hombres son estúpidos.»⁴

1. A. COHEN, *Belle du Seigneur*, París, Gallimard, 1968; reed. col. «Folio», 1998, pp. 855 y 859, para las dos últimas expresiones, que figuran así, sin puntuación, en el diálogo de las «damas» (véase *infra*). [Trad. cast., *Bella del Señor*, tr. Javier Albiñana, Barcelona, Anagrama, 2017, pp. 635, 612 y 615.]

2. J.-J. ROUSSEAU, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, 1ª parte. [Trad. cast., *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Gredos, 2011.]

3. V. HUGO, «La Coccinelle», *Les Contemplations*, I, 15. [Trad. cast., «La coccinela», en *Los castigos y las contemplaciones*, libro I, XV, tr. Pedro Pedraza, Barcelona, Sopena, 1912, p. 137.]

4. J. RENARD, *Journal*, «21 mai 1898», París, Gallimard, col. «Bibliothèque de la Pléiade», 1960, p. 486. [Trad. cast., *Diario 1887-1910*, tr. Ignacio Vidal-Folch, Barcelona, Debolsillo, 2009.]

Lejos de rebajar al hombre a la categoría del animal, la estupidez puede, en casos extremos, mas en modo alguno excepcionales, provenir del espíritu, en el sentido aristocrático del término. «¡Qué tonta es la gente lista!»,¹ exclama Suzanne, haciéndose eco de Mme de Merteuil: «¡Dios mío! ¡Qué tontas son esas personas tan espirituales!».² «El señor de R. tiene mucho ingenio, pero tanta necedad en el ingenio que muchas gentes podrían creerle un tonto.»³ La ocurrencia, el *Witz*, que requiere de tanta agilidad y flexibilidad intelectuales, se ve particularmente amenazada por la estupidez y se expone a bascular en cualquier momento del lado del calambur zafio, un «pedo del espíritu» (Hugo). A fuerza de jugar, de querer hacer malabarismos con el principio de identidad mediante relaciones insólitas entre los significantes para crear significados insolentes se expone uno a no inventar más que... viento. Quien quiere hacer de ángel acaba haciendo de bestia, o más bien: quien quiere pasarse de listo acaba haciendo el imbécil. «¿Sabes que tengo miedo de volverme estúpido?»⁴ El *Diario* de Jules Renard muestra hasta qué punto esta amenaza lo atormentaba constantemente y por ello se mostraba tanto más vigilante e implacable consigo mismo. Como en su primer encuentro con Sarah Bernhardt, en casa de Rostand:

1. P.-A. BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro* (1784), acto I, escena I. [Trad. cast., *El casamiento de Fígaro*, en *Teatro de Beaumarchais*, tr. Ángeles Cardona de Gibert, Barcelona, Bruguera, 1973, p. 219.]

2. P. CH. DE LACLOS, *Les Liaisons dangereuses* (1782), carta XXXVIII. [Trad. cast., *Las amistades peligrosas*, tr. Ángeles Caso, Barcelona, Austral, 2017, p. 93.]

3. N. CHAMFORT, «Caractères et pensées», *Maximes et pensées, caractères et anecdotes*. [Trad. cast., *Caracteres y anécdotas*, tr. Antonio Martínez Sarrión, Madrid, Aguilar, 1989.]

4. G. FLAUBERT, Carta a Louise Colet, 21 de mayo de 1855. [Trad. cast., Carta a Louise Colet del 21 de mayo de 1853 (sic), en *Cartas a Louise Colet*, tr. Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 2003, p. 276.]

Cuando Rostand ha dicho: «Le presento a Jules Renard», se ha levantado inmediatamente de la mesa y, en un tono alegre, pueril, adorable:

—¡Oh! ¡Qué contenta estoy! Es tal como me lo imaginaba, ¿verdad, Rostand? Señor, soy su admiradora.

—Señora, saber que pueda usted admirar las obras (he dicho «las obras») de Jules Renard es la sorpresa de mi vida.

—¿Por qué? —dice ella—. ¿Me tomaba usted por una imbécil?

—¡Vaya! He dicho una impertinencia.

—¡No, no!

Y se pone carmín en los labios.

Más tarde, en la escalera, se me ocurre esto: «No, señora, la tomaba por una mujer de genio, con todos sus inconvenientes». Quizá ha sido aún peor.¹

En efecto, y su lucidez es tanto más cruel cuanto que en ese momento no se dedica más que a «naderías, historias naturales, de animales»; y de vez en cuando, estupideces, que él denomina «impertinencias». Porque quiere ser «brillante» a toda costa, «hacer[s]e el importante», para satisfacer a ese yo vanidoso y decididamente odioso. Las palabras de Chamfort: «Sin mí, yo me portaría de maravilla»² van más allá de la simple *boutade*. Él, sobre todo, sería menos estúpido.

La abundancia de referencias literarias, frente a esa carencia en la filosofía, podría llevar a pensar que la estupidez es cosa de escritores, incluso cabría preguntarse si no serán ellos los que la han *inventado*, como Sade inventó el sadismo, Masoch el ma-

1. J. RENARD, *Journal*, *op. cit.*, «26 décembre 1895», p. 308. [Trad. cast., *Diario 1887-1910*, *op. cit.*, entrada del 26 de diciembre de 1895.]

2. N. CHAMFORT, «Caractères et anecdotes», *Maximes et pensées, caractères et anecdotes*. [Trad. cast., «Caracteres y anécdotas», en *Máximas, pensamientos, caracteres y anécdotas*, *op. cit.*, p. 236.]

soquismo, Flaubert el bovarismo, etc., en un gesto o, mejor dicho, una gestación artística que va más allá de la simple denominación.

Una de las funciones de la comedia, quizá la principal, al menos en la tradición francesa, sería la de «hacer daño a la estupidez» —usurpando así de pleno derecho esa misión a una filosofía negligente— y, a través de la catarsis de la risa, librarnos de ella; del mismo modo que la tragedia, según la perspectiva aristotélica, tendría por misión purgarnos de la piedad y del miedo. En este sentido, la obra de Molière puede considerarse el teatro de la estupidez por excelencia, una estupidez que tiende ya a confundirse con la burguesía (M. Jourdain, Crisalo, Orgón, etc.), frente a la elegancia aristocrática, por una parte, y a la malicia de las criadas, por la otra. Esta representación de la burguesía como encarnación de la estupidez se impondrá en el siglo XIX con las figuras emblemáticas de Joseph Prudhomme: «Esa es mi opinión y la comparto»,¹ y del señor Perrichon: «¡Qué pequeño es el hombre cuando se lo contempla desde lo alto de la *Mère*² de Glace!»,³ a lo que el comandante responde: «Haré observar al señor Perrichon que, dado que la Mer de Glace no tiene hijos, la *e* que le atribuye resulta una desvergüenza gramatical».

A partir de este momento, toda la literatura se pone en marcha. Si el siglo XVIII fue el siglo de la Ilustración, el XIX es el de la Estupidez, de su apoteosis odiosa, *Ecce Homais*...⁴ No hay escritor, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, que no se declare su enemigo personal, persiguiéndola por todas

1. H. MONNIER, *Monsieur Prudhomme*, acto I, escena VI.

2. El señor Perrichon confunde aquí a la madre (*mère*) con el mar (*mer*), de ahí la desvergüenza gramatical de que lo acusa el comandante. (*N. de la T.*)

3. E. LABICHE, *Le Voyage de M. Perrichon*, acto II, escena VII.

4. Referencia a Homais, personaje de ficción flaubertiano que encarna la vanidad, la estupidez burguesa. «*Ecce Homais*» es además un artículo publicado en *Revue d'histoire littéraire de la France* por Michel Crouzet en 1989. (*N. de la T.*)

partes y ensañándose particularmente con su *hembritud*. De donde se deriva una misoginia poco menos que general y que recubre con un mismo rechazo todas estas entidades femeninas (tanto en francés como en alemán): la naturaleza, la materia, la fealdad, pero también la salud, la sexualidad, la moralidad y, por supuesto, la burguesía y la democracia, que gravitan en torno a su cuna originaria, la estupidez, asociada, cuando no identificada, con la mujer, signo de obesidad; la del filisteo barrigudo, que revienta de salud, y, sobre todo, la de la hembra, condenada a la gordura y a la adiposidad. «Aclamado a la gran memez, / memez en la frente del toro; besado la materia estúpida / con una enorme devoción».¹

Y dado que la estupidez es obesa, mejor hacer gala de ascetismo. Me he esforzado en ello tenazmente. De ahí el título de este ensayo. Un breviario (de *brevis*, «breve») es un libro de oraciones, de uso eclesiástico, que se recita a determinadas horas para protegerse del Maligno y de sus tentaciones. Señor, si existes, no nos dejes caer en... la estupidez, *ne nos inducas in stultitiam* (ya que «estupidez» no existía en latín, traduzco mal que bien mi súplica), no me hagas a tu imagen.

Breviario, pero también bestiario en la segunda parte del libro, menos teórica y más taxonómica, porque tratará de clasificar, articular y describir las principales figuras de la estupidez a lo largo de las épocas, los espíritus y las artes. Dicho bestiario (lo contrario de una colección de disparates o de un zoológico de la necedad) no tendría por supuesto ningún sentido si no se basara en una Crítica de la razón *suficiente*, es decir, en términos kantianos y deleuzianos, en una Lógica trascendental: ¿cómo es posible la estupidez?

1. CH. BAUDELAIRE, «L'Examen de minuit», en *Les Fleurs du Mal*. [Trad. cast., «El examen de conciencia a medianoche», en *Las flores del mal*, tr. Jesús Muñárriz, Madrid, Hiperión, 2016, p. 337.]